

CIUDAD IMAGINADA

Imágenes citadinas y arte urbanizado

ARMANDO SILVA
Especial para EL TIEMPO

Le ha costado a Colombia pensarse como país urbano. Hace apenas unos 15 años la pintura era figuración provinciana con algunos destellos sobre la violencia desgarradora de la vida nacional. Se hacía un cine cercano al documento social o a la parodia medio humorística. El teatro, cuando tuvo peso, se ejercía como confrontación política e ideológica junto a ciertos deslices lúdicos de nuevos grupos. La televisión en sus programas no pasaba de crónicas cafeteras o de historias repetidas para seguir reviviendo nuestra historia. Y no se diga la literatura que por muchos años permaneció aprisionada en las ondas macondianas y su liberación ha sido lenta, si bien ya con signos esperanzadores.

El 37 Salón Nacional de Artes me ha impresionado por aquello que nos faltaba: la ciudad y sus constelaciones urbanas y globales que hoy vivimos. Esta Salón es filosófico, pero a la vez juvenil, rockero, rápido. Sus virtudes y sus pobreza están signadas en su ritmo de video-clip que nos impone. En conjunto, tanto montaje como obras, van a la búsqueda de interrogantes de pensamiento sobre la vida y su destino en un mundo lleno de objetos y de alienaciones consumistas que aquí son intervenidas.

Varias de las obras se colocan en la incertidumbre de las sociedades mediáticas o al contrario insisten en evocar, desde esta vida agitada, cosmogonías religiosas. Otras elevan interrogantes al azar y al ludismo y entonces instalan ruedas de lotería (como si fuesen la vida)

para elegir el ganador de un sorteo extraordinario de la mítica Navidad donde soñamos ser ricos.

Y otras producen imágenes directamente citadinas; como los videos de Echeverry que toman la casa, de Macondo, pero vivida desde el ritmo audiovisual; o las delicadas trenzas minerales en el tapete tejido con piedras de la calle de Ortiz; o las camas de hospital aprisionantes de cuerpos desnudos y miserables de Galeano. Y hay quienes traen la simbología contemporánea del barco, como viaje, ruta, azar, búsqueda entre aguas que se mueven (y no la certeza de la tierra firme), para conmemorar a Bogotá el bello dibujo de Zalamea. Su "metanarración", una de las más sofisticadas herramientas posmodernas, se logra al diseñar el barco pero en su parte alta generar imágenes mí-

licas que lo leen y lo conducen "deconstruyendo" la embarcación.

Lo mismo "Derridamiento", de Quintero, un montaje de bloques minerales que si alude a Derrida la filosofía deconstructiva se expresa por sí misma: los bloques se están desvencijando. Total que si se trataba de un Salón sobre la memoria, lo que allí se consigna es más bien el tiempo de una memoria por venir: Memoria juvenil.

El Salón me parece vital. No obstante creo también que cuando todo vale, como en el arte actual, que ya no se parece a la vida sino que es la vida misma, exigencias como originalidad, provocación, antimonumentalidad e impacto más allá del sarcasmo o del chiste pasajero, deben convertirse en guías para sus visitantes valorar la creación contemporánea. Y muchas obras, apenas dan para reír.